

ARQUEOLOGÍA EN EL CERRO DEL CASTILLO DE SORIA. AVANCE DE SU NECRÓPOLIS JUDÍA

ARCHAEOLOGY AT THE CASTLE HILL OF SORIA.
ADVANCE ON ITS JEWISH NECROPOLIS

Óscar Luis Arellano Hernández
Raquel Barrio Onrubia
Montserrat Lerín Sanz
Agustín Ruiz de Marco
María Jesús Tarancón Gómez
ARQUETIPO S. C. L.
arquetipo.scl@telefonica.net

Resumen

En los últimos años se han acometido varias intervenciones arqueológicas en el cerro del castillo de Soria que han proporcionado información sobre los antecedentes prehistóricos de la ciudad y su devenir en época medieval. Entre ellas destacamos la excavación de un pequeño sector de la necrópolis judía, cuya existencia se asume desde hace tiempo sin que hasta el momento se conocieran sus características concretas. Este artículo supone un breve avance de los resultados de esta actuación.

Palabras clave: Castillo de Soria, intervención arqueológica, Primera Edad del Hierro, época medieval, judíos, necrópolis.

Summary

In recent years there have undertaken various archaeological activities at the castle hill of Soria which has have provided information on prehistoric past of the city and its becoming in medieval times. These include the excavation of a small section of de Jewish cemetery, whose existence is assumed for some time, but until now their specific characteristics were unknown. This article is a brief preview of the results of this action.

Keywords: Castle of Soria, archaeological intervention, Early Iron Age, medieval times, Jews, necropolis.

El castillo de Soria constituye el origen de nuestra ciudad y uno de los puntos más interesantes a la hora de explicar su evolución histórica. Ubicado a una cota de 1111 m de altitud sobre el nivel del mar y con un desnivel de 110 m hasta el Duero, domina el vado y el paso sobre el río, donde se sitúa el puente medieval-moderno. Esta estratégica posición ha favorecido su ocupación desde época prehistórica hasta nuestros días, casi de manera continuada, dejando evidencias que han sido registradas en las diferentes intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en él.

Las primeras excavaciones, ubicadas en la mitad septentrional de la plataforma, fueron acometidas por M. González Simancas, a principios del siglo XX, y pusieron de manifiesto potentes capas de ceniza, un grueso muro conformado por dos paramentos exteriores de grandes cantos de río y un relleno de tierra y piedras, restos de una empalizada de estacas de madera y cimentaciones de viviendas construidas con guijarros trabados con barro. Junto a ellos un interesante conjunto de restos de cultura material entre los que destacan recipientes de cerámica sin decoración, fusayolas, molinos barquiformes, instrumentos quirúrgicos y un fragmento de fíbula de bronce, útiles de hueso, pequeños frascos de vidrio y una anilla de plata. Estas evidencias fueron interpretadas como un castro de época celtibérica o como un puesto defensivo de observación ocupado por los romanos antes de la toma de Numancia (González, 1027: 5-15).

Posteriormente, B. Taracena realizó una revisión de los materiales, que se conservaban en los Museos Celtibérico de Soria y Arqueológico Nacional, llegando a la conclusión de que entre ellos *“no había un solo tiesto celtibérico”* (Taracena, 1941: 153).

Mediada la centuria, como consecuencia de las obras ejecutadas en la cima, para la conversión del cerro en parque, T. Ortego advirtió un gran lecho de cenizas sobre cimentaciones de cabañas construidas con cantos rodados. Asociados a ellas recuperó un lote de fragmentos cerámicos, unos de paredes toscas, con bordes digitados o adentrados, y otros espatulados, bruñidos o grafitados, de perfiles en S y ovoides (Ortego, 1951: 294-295).

Las intervenciones más recientes efectuadas en el castillo han sido dirigidas por nosotros, dentro del marco de la arqueología de gestión, como consecuencia de diversas obras realizadas en el interior del recinto del castillo y su entorno.

En el año 2003, con motivo de la rehabilitación y ampliación del parador Antonio Machado, se acometió el seguimiento de los movimientos de tierra vinculados con el proyecto. Tras la localización de un importante conjunto de vestigios arqueológicos, se planteó la excavación de ocho sondeos que aportaron restos constructivos y de cultura material que reflejan las distintas ocupaciones que se han sucedido en el cerro. En ellos se documentaron evidencias de la Primera Edad del Hierro, fechadas en torno a los siglos VI y IV a. C. (Arellano *et alii*, 2005), que se concretan en depósitos de tierra cenicienta y derrumbes de tapial, correspondientes a niveles de incendio y destrucción del hábitat. También se localizó un solado de tierra apisonada y parte de un hogar, acomodado en una cavidad excavada en el manto natural y revocado por una fina capa de arcilla.

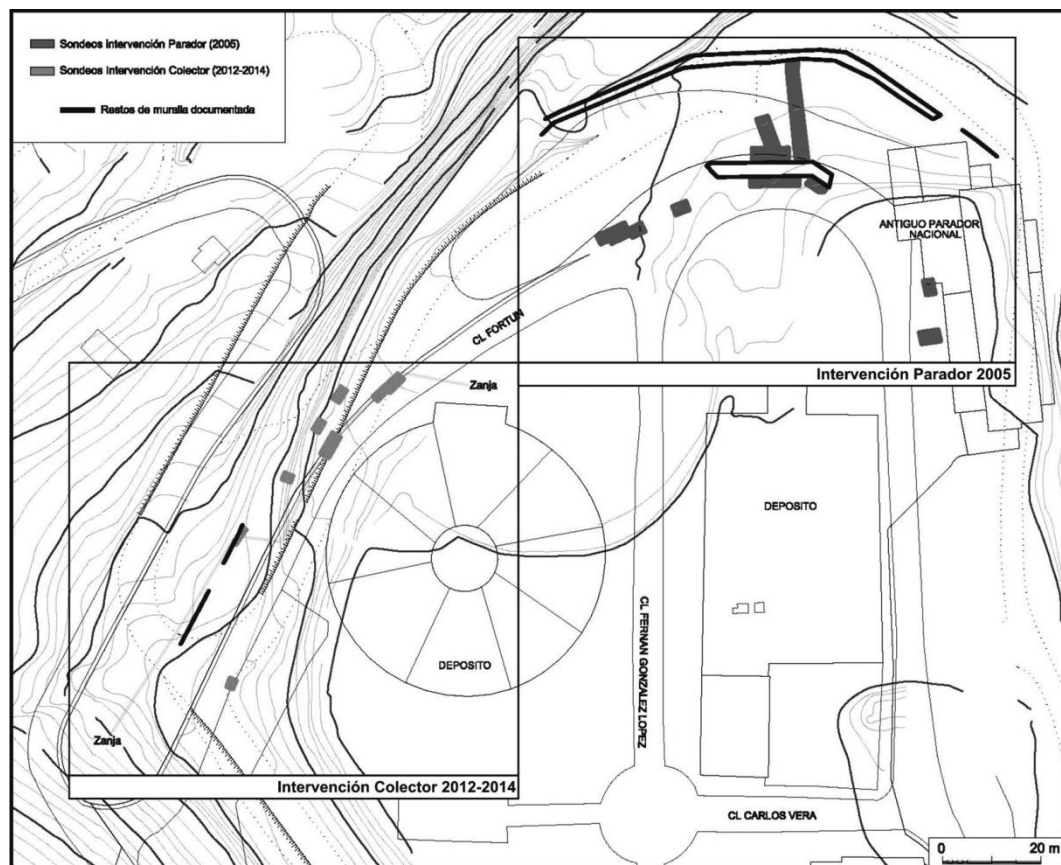


Figura 1. Intervenciones arqueológicas acometidas, en 2003, con motivo de la rehabilitación y ampliación del parador Antonio Machado y, en 2012, para la sustitución de las redes de abastecimiento.

Respecto de la cultura material asociada, se diferencian dos variedades cerámicas elaboradas a mano: pequeñas vasijas bruñidas de buena factura y cuidado acabado exterior, junto con otras de mayor tamaño y acabado tosco. Las primeras presentan finas paredes, de arcillas bien decantadas, con acabados bruñidos o alisados y cocciones preferentemente reductoras, que se corresponden con vasos de pequeño y medio tamaño, decorados –en algún caso– con grafito o pintados. Las cerámicas más toscas están manufacturadas con arcillas poco tamizadas y presentan gruesas paredes de tonalidades entre ocre y grisáceas que conforman recipientes, de grandes dimensiones, ovoides globulares o bitroncocónicos.

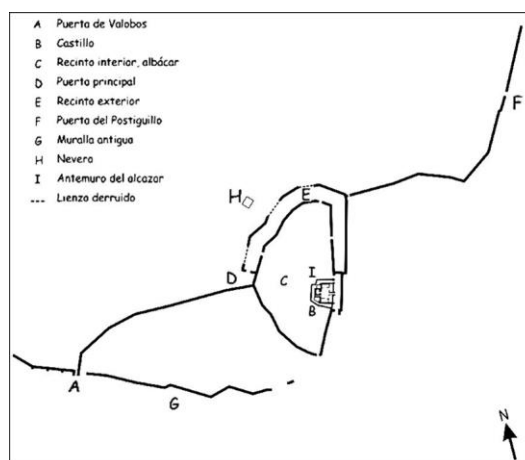
El período de tiempo comprendido entre la Segunda Edad del Hierro y la época visigoda se ha plasmado en estos trabajos a través de algunos fragmentos cerámicos realizados a torno, de tipología celtibérica, entre los que destacan algunos bordes zoomorfos y galbos con decoración de líneas pintadas en color rojo vinoso, y una fíbula de arco de

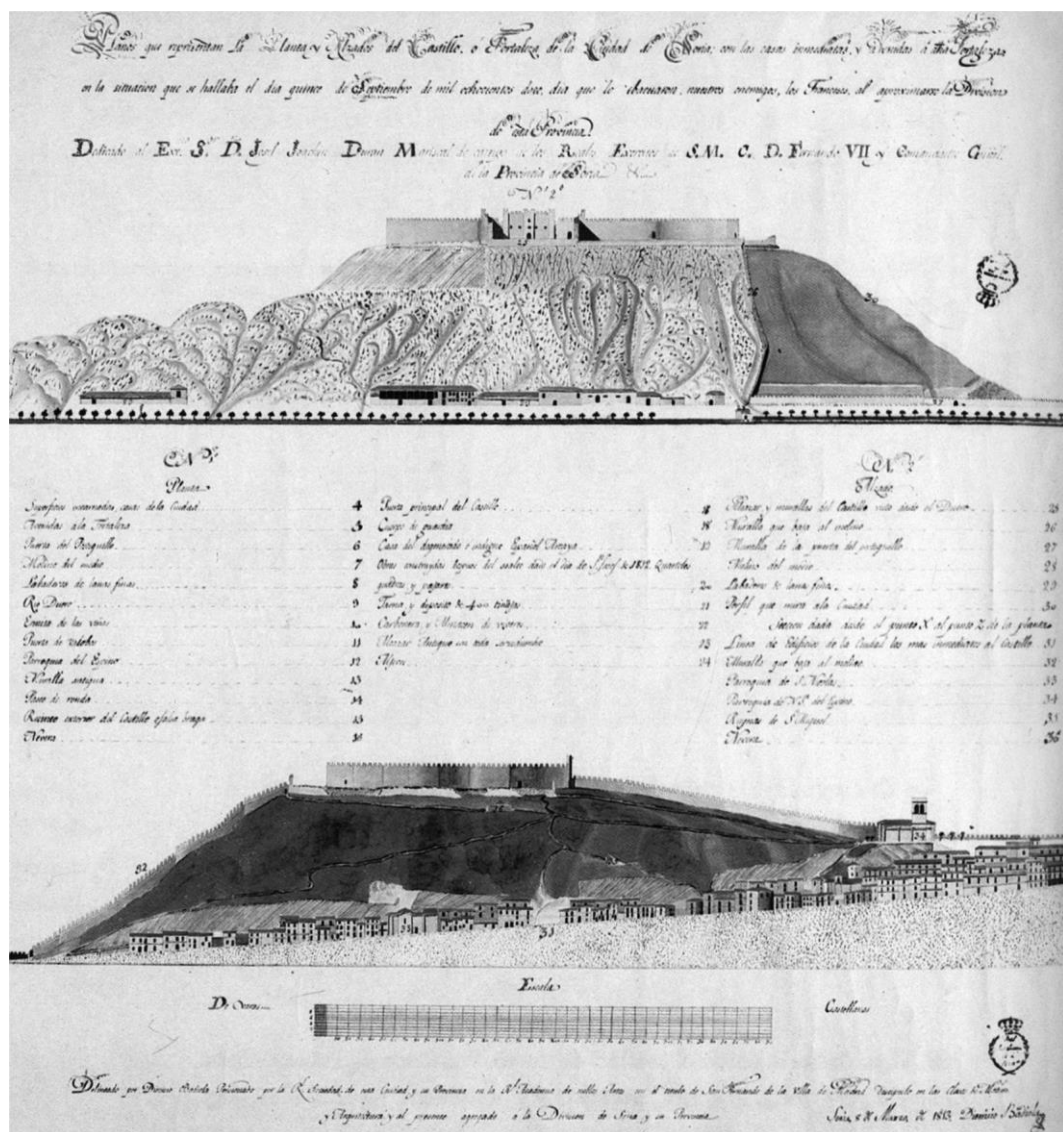
época visigoda, elaborada en bronce. Estos materiales, pese a ubicarse descontextualizados dentro de rellenos medievales y modernos, vienen a sumarse a las dos inscripciones funerarias romanas, conocidas de antiguo, que podrían proceder de las iglesias de Nuestra Señora del Espino y de Nuestra Señora del Poyo (Jimeno, 1980: 129-131), esta última actualmente desaparecida.

Los inicios de la ocupación medieval, en los siglos XII-XIII, quedan representados por la propia fortaleza. La historiografía tradicional ha apoyado la teoría de la existencia de una fortificación islámica, durante los siglos IX y X, en el actual emplazamiento del castillo (Torres, 1952: 17). Esta hipótesis es asentada por A. Lorenzo (2003: 204) a partir de “unos pocos fragmentos de esgrafiado” existentes en una de las torres. Esta técnica pretende imitar a sillares labrados y es un recurso estético frecuente en el ámbito musulmán. No obstante, las primeras referencias documentales alusivas a la presencia de una fortaleza se recogen en el Fuero de Alfonso VIII (Torres, 1952: 26).

Para la descripción del conjunto nos basamos principalmente en los dibujos de Dionisio Badiola (Carrasco, 1997: 86), fechados en 1813, en un momento previo a su destrucción. Este plano representa la planta y el alzado y es una de las mejores referencias para estudiar sus características.

La fortaleza se componía de una muralla continua, de perímetro irregular y tendencia ovalada, que cerraba la explanada superior del cerro. En el lado oriental se situaba el alcázar, separado del resto del recinto por un antemuro. Consta de torre del homenaje, graneros, almacenes y dependencias para su uso como residencia señorial. En el patio se localizaba el aljibe. La entrada principal se sitúa al este y estaba defendida por una torre central y otras dos laterales. Este acceso estaba protegido por una barbacana con otras dos puertas, una al sur hacia el exterior y otra al oeste hacia el recinto principal. El flanco norte estaba reforzado por una barrera que distaba unos 20 m de la cerca principal y la rodeaba desde la zona central del lateral occidental hasta el este, donde conectaba con la barbacana del castillo.





Figuras 2 y 3. Plano Topográfico de la Fortaleza de Soria por Dionisio Badiola (1813). Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Gabinete de Dibujos, A 3700. Planta y alzados oriental y septentrional.

Parte de la línea de defensa superior se reconoció durante el control arqueológico de las obras de construcción del nuevo parador. Su fábrica se caracteriza por dos paramentos de sillarejo de piedra arenisca, trabados con una argamasa de cal y canto de gran dureza, y relleno interior de ripio. Su anchura oscila entre 2.50 y 2.70 m, conservándose una altura



Figura 4. Tramo del recinto interno del castillo documentado durante las obras de ampliación del parador.

máxima de 3 m. Se documentó una longitud de 80 m que delimitan la plataforma superior del cerro, por el norte y este, formando ángulos suaves para adaptarse al terreno. El muro septentrional exterior, que se desarrolla en paralelo, se halla parcialmente derruido desde el siglo XVII, aunque aún conserva hasta 4 m soterrados por debajo de la superficie actual.

En el interior del recinto principal se documentaron algunas estructuras murarias, construidas preferentemente con bolos cuarcíticos unidos en seco, así como algunos pavimentos de tierra apisonada que integran espacios de carácter doméstico. En algunas de estas habitaciones se localizaron varias estructuras, de planta circular, elaboradas con barro, piedras y algún fragmento de teja en la base, asentadas directamente sobre el suelo. Constan de dos partes: un elemento inferior cóncavo, a modo de cubeta, y otro plano y horadado, sirviendo de tapadera. En un lateral se dispone un orificio por donde se introducía el combustible al interior. Se interpretaron como hornillos fijos; dentro del hogar se colocaban brasas ardiendo y la cubierta conservaba el calor, permitiendo su paso controlado al exterior, calentando la estancia y/o cocinando los alimentos. Dada esta dualidad en cuanto a su



Figura 5. Hornillo.

funcionalidad, no se puede concluir que la estancia en que se hallaban fuera la cocina, ya que en ocasiones se han localizado incluso al exterior de la vivienda (Castro, 2001: 291).

Los restos de cultura material asociados a este período cultural son fundamentalmente cerámicos y se caracterizan por estar elaborados con arcillas depuradas, mediante torno alto y cocidos por lo general con fuego oxidante, lo que le proporciona unas tonalidades rojizas. Están acabados mediante engobes pardos y pueden presentar decoración pintada, en color marrón negruzco, de líneas horizontales rectas, onduladas, oblicuas, retículas, triángulos, ..., al exterior. El origen de esta técnica decorativa, cuyo inicio se retrotrae al siglo XIII, se situó en Cantabria y en la provincia de Burgos (Bohigaset *alii*, 1989: 129) alcanzando una amplia dispersión geográfica. Aunque más escasos, también hay algunos ejemplares con líneas incisas, paralelas u ondulantes, constituyendo una variante de amplia difusión en todo el norte peninsular hasta la Baja Edad Media.



Figura 6. Restos de cultura material de la Primera Edad del Hierro, celtibéricos y de época medieval.

Algo más avanzados en el tiempo son los recubrimientos con vedríos melados y estanníferos. Algunos de estos últimos despliegan esquemáticos motivos, vegetales o geométricos, realizados en verde y manganeso. Esta modalidad decorativa tiene su inicio, según A. Fernández, F. J. Moreda y M. A. Martín (1991: 144), en la segunda mitad del siglo XIII, sin embargo M. Moratinos y J. E. Santamaría (1991: 177) lo avanza a finales del siglo XV y XVI.

A pesar de su fragmentación se identifican recipientes del servicio de mesa, piezas de cocina y de transporte y almacenamiento. Entre los primeros, abundan los de uso colectivo, indicando una mayor antigüedad de la muestra. No obstante también se hallan representados los platos, las escudillas y las jarras.

Las ollas tipifican el repertorio de cocina. Utilizadas tanto para cocinar como para conservar alimentos en líquidos o grasas, se caracterizan por sus bordes salientes, cuerpos globulares y fondos planos, que frecuentemente conservan restos de hollín. Algunas poseen un asa que arranca del mismo borde; este detalle nos sitúa en torno al siglo XIII, fecha en que los elementos de suspensión comienzan a situarse en la zona media del cuello (Fernández *et alii*, 1991: 146).

Los cántaros, adscritos al servicio de transporte y almacenamiento, se han reconocido a partir de sus anchas asas de cinta con hendiduras de puntos a punzón –técnica muy difundida con fechas que llevan al siglo XII– y/o decoración pintada. Otras formas constatadas son la tapadera, utilizada en la cubrición de ollas y cántaros, la lámpara de aceite, con una piquera y restos de quemado, el colador o el bacín u orinal.

La cronología de este conjunto cerámico se centra en un momento avanzado de la Edad Media y en los inicios de la Moderna, en el período final del máximo apogeo de la ocupación.

En el año 2012, las obras de sustitución de las redes de abastecimiento de la ciudad, promovidas por el Ayuntamiento de Soria, conllevaron la supervisión arqueológica¹ de la apertura de las zanjas. Tras la localización de los primeros elementos constructivos *in situ*, se planteó la excavación de varios sondeos manuales para determinar las características de la secuencia estratigráfica, el desarrollo topográfico de las estructuras y la vinculación con el entorno arqueológico. En estos trabajos se registró, entre la cerca interior del castillo y la barbacana exterior, además de la cimentación de esta última, un pavimento de cantos de río delimitado lateralmente por una línea de piedras areniscas de buena labra y dos muros de mampostería de doble hoja, que ilustran el último hábitat del castillo.

La gran cantidad de material cerámico recuperado está siendo objeto de un estudio específico en estos momentos. No obstante, una primera aproximación nos ha permitido observar que incide en la línea expuesta en la intervención precedente. A falta de un análisis pormenorizado que precise en mayor medida la cronología de la secuencia, hemos considerado, como hipótesis de trabajo, que se identifica una doble ocupación en la zona,

¹Esta intervención arqueológica todavía no ha concluido.



Figura 7. Pavimento localizado durante la sustitución de las redes de abastecimiento.

con niveles de época bajo-medieval, en los que enmarcamos los restos constructivos registrados y parte de los materiales cerámicos, y otros pleno-medievales que responden a los de amortización más profundos. Las cotas de obra no alcanzaron los estratos geológicos sobre los que se disponen los vestigios prehistóricos.

La necrópolis judía del castillo de Soria

La aparición de restos humanos, por efecto de la erosión, en la ladera meridional del cerro del Castillo, en el sector más alto de la misma –casi en contacto con la cima– y al exterior del recinto murado, motivó la realización de una intervención arqueológica (Arellano *et alii*, 2013) que fue financiada por la Junta de Castilla y León, en octubre de 2013.

El objetivo fundamental fue la documentación de estos vestigios, determinando su asignación cronológico-cultural y su relación con el entorno, así como su protección, ya que se hallaban en una zona fuertemente afectada por procesos erosivos y muy transitada por los viandantes.

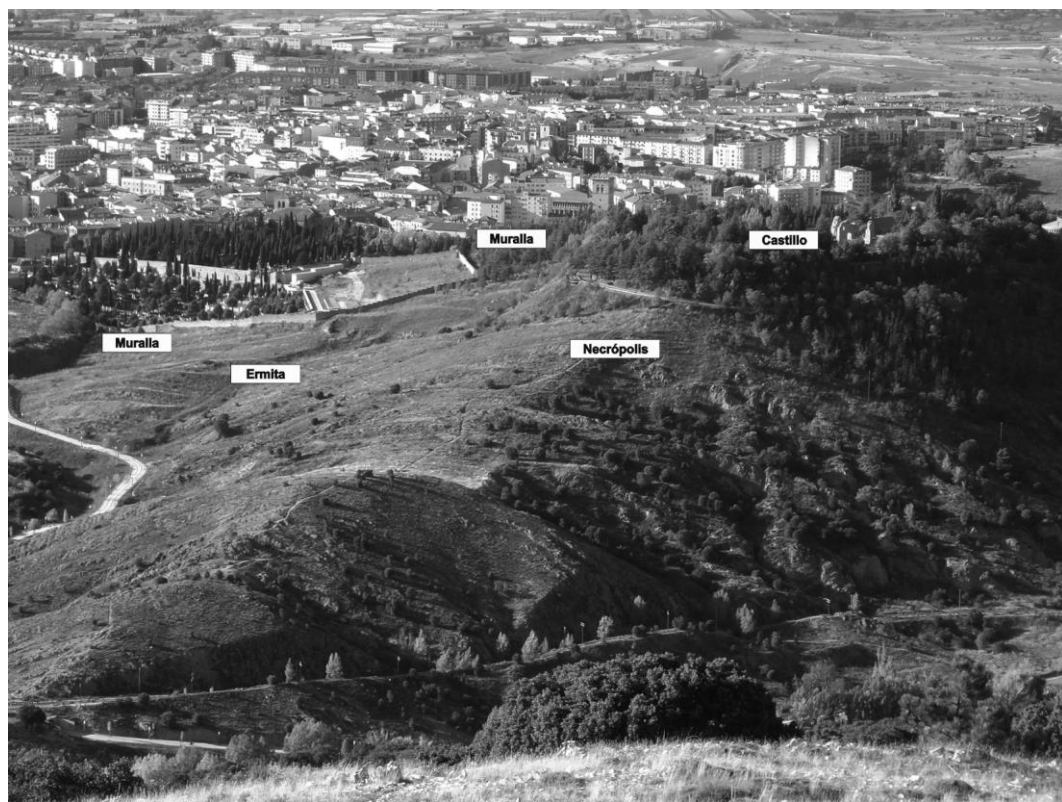


Figura 8. Panorámica del cerro del castillo desde la sierra de Santa Ana.

Inicialmente se prospectó intensivamente la zona, con el fin de asegurar o descartar la existencia de otras evidencias similares a las conocidas, y que no habían aflorado hasta el momento. Al contrario de lo que ocurre en la vertiente oriental, donde la alternancia de crestos rocosos y cárcavas imposibilita la ocupación del terreno, en la meridional, a pesar de la acusada pendiente, la superficie se regulariza. Este desarrollo se hace más patente según se avanza hacia el oeste, donde se abren sectores más favorables para el asentamiento humano.

Con estos trabajos se analizó la muralla de la ciudad, que por esta zona presenta la particularidad de ofrecer un doble trazado, partiendo ambos de la desaparecida puerta Valobos y conectando con la fortaleza, uno en el centro del lateral occidental, en la puerta principal del recinto interior, y otro en el ángulo suroeste. Esta doble cerca genera un espacio interior –actualmente ocupado en su mayor parte por el cementerio municipal– situado al amparo del castillo y perfectamente individualizado. En la parte baja de la falda suroeste se localizaron algunas estructuras murarias, extramuros, que vinculamos con la antigua ermita de Nuestra Señora de las Viñas.

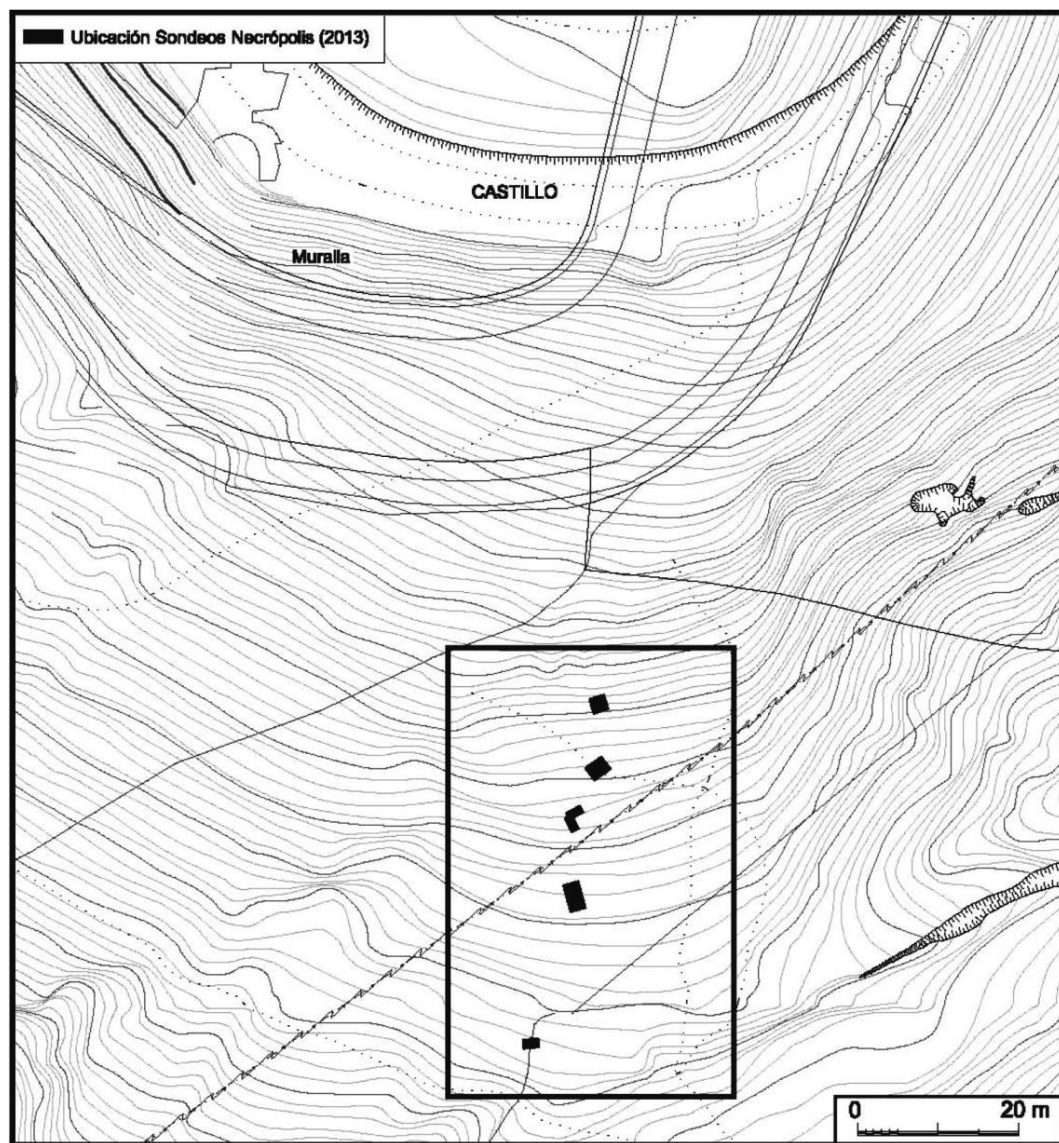


Figura 9. Ubicación de los sondeos llevados a cabo para la documentación de la necrópolis judía.

Los primeros sondeos arqueológicos se posicionaron en las zonas donde afloraban los restos óseos y, con posterioridad, su distribución espacial buscó consolidar la caracterización de la necrópolis y su delimitación espacial. En total se excavaron cinco catas, abarcando una superficie de 20 m², con unas dimensiones variables, ajustadas a la necesidad

de documentar completamente los individuos localizados. Una de ellas, ubicada a una cota significativamente más baja que el resto, resultó estéril. Los trabajos se llevaron a cabo íntegramente de modo manual, desde la superficie hasta alcanzar el manto natural, permitiendo la completa caracterización de la secuencia estratigráfica.

Se identificaron un total de ocho enterramientos, cuyas principales características tipológicas pasamos a detallar a continuación:

– Enterramiento nº 1. Se incluye en una fosa simple, con planta indeterminada, con una orientación de norte a sur (cabeza-pies). Presenta posición decúbito supino, con el cráneo ladeado hacia el este, el brazo derecho estirado a lo largo del cuerpo y el izquierdo cruzado sobre la pelvis y las piernas extendidas y paralelas. No ha aportado ajuar. Se localizaron fragmentos de clavos y otros elementos de hierro con los extremos puntiagudos, que servían para ensamblar las tablas del ataúd.

– Enterramiento nº 2. Está inhumado en una fosa simple, con planta sin determinar. El cadáver se dispone de norte a sur (cabeza-pies), en posición decúbito supino, con el cráneo al frente. Ha perdido las extremidades superiores e inferiores, así como la pelvis, por efecto de la erosión. Bajo el cráneo se aprecia una pequeña bolsada de tierra cenicienta. No contiene ajuar. Al igual que en el caso anterior, se localizaron clavos y otros elementos de hierro con los extremos afilados.

– Enterramiento nº 3. Aparece dentro de una fosa simple, de contornos imprecisos. El finado está orientado de norte a sur (cabeza-pies) y presenta posición decúbito supino, con el cráneo ladeado hacia el oeste, el brazo derecho extendido a lo largo del cuerpo y el izquierdo cruzado sobre la pelvis. Ha perdido las extremidades inferiores por efecto de la erosión. Como en los casos anteriores no tenía ajuar. Únicamente se localizaron clavos y otros elementos de hierro con los extremos aguzados.

– Enterramiento nº 4. Está contenido en una fosa simple, de planta trapezoidal, y conserva abundantes restos de los laterales y la cubierta del ataúd en que fue inhumado. La madera se halla encalada por el interior, para acelerar la descomposición. Contiene un esqueleto colocado con la cabeza al norte y los pies al sur. Presenta posición decúbito supino, con el cráneo al frente, los brazos estirados a lo largo del cuerpo, las manos sobre la pelvis y las piernas extendidas y paralelas. Ha perdido las tibias, los peronés y los pies por efecto de la erosión. No se han localizado elementos de ajuar, únicamente clavos y otros elementos de hierro con los extremos puntiagudos utilizados para el ensamblaje del féretro.

– Enterramiento nº 5. Se incluye dentro de una fosa simple, con el extremo de la cabecera redondeado. El cadáver está orientado de norte a sur (cabeza-pies) y presenta posición decúbito supino, con el cráneo ladeado hacia el este, los brazos estirados a lo largo del cuerpo y las piernas extendidas y paralelas. No se ha observado la presencia de ajuar. Se localizaron clavos y otros elementos de hierro, que servían para ajustar las tablas del ataúd, así como restos de madera tanto en los laterales como bajo el cadáver.

– Enterramiento nº 6. Está inhumado en una fosa simple, con planta sin determinar. Contiene un individuo, orientado de norte a sur (cabeza-pies), que presenta posición decúbito supino, con el cráneo ladeado hacia el oeste, los brazos estirados a lo largo del

cuerpo y las piernas extendidas y paralelas. No contiene ajuar. Se localizaron clavos y otros elementos de hierro con los extremos puntiagudos, que servían para unir las tablas del féretro, así como algunos restos de madera.

– Enterramiento n° 7. Aparecen dentro de una fosa simple, de contornos imprecisos. El esqueleto está orientado de norte a sur (cabeza-pies) y presenta posición decúbito supino, con el cráneo ladeado hacia el oeste, los brazos estiradas a lo largo del cuerpo y las piernas extendidas y paralelas. No se ha localizado ajuar, únicamente varios clavos de hierro utilizados para empalmar las tablas del ataúd

– Enterramiento n° 8. Está contenido en una fosa simple, alargada con los extremos redondeados. El finado se dispone de norte a sur (cabeza-pies) y en posición decúbito supino, con el cráneo ladeado hacia el oeste, los brazos estiradas a lo largo del cuerpo y las piernas extendidas y paralelas. No se ha recuperado ajuar. Al igual que en el resto del conjunto, se localizaron varios clavos de hierro que se han asociado a la estructura del ataúd.

Una primera aproximación a los aspectos meramente formales de la necrópolis permite determinar que nos encontramos ante una morfología y pautas comunes, con escasas variaciones.

Las fosas, orientadas de norte a sur, alcanzan u horadan el terreno natural. Las características del terreno complican la precisión de su contorno, quedando la huella poco definida. En los casos en que ha sido posible su identificación la tendencia es trapezoidal –debido a la mejor conservación del ataúd– u oval, con los extremos redondeados.

Las tumbas conservan un único individuo, cuyo estado de conservación varía según los casos aunque en general es bastante precario, siendo su alteración fruto de procesos erosivos y no de una reutilización del espacio cementerial. Aunque lo escaso de la muestra no permite extraer conclusiones definitivas a este respecto, parece observarse una cierta organización, ocupando cada una de ellas una zona diferenciada e individualizada, sin que la construcción de las sucesivas conlleve la alteración de las preexistentes. En general se disponen en filas, manteniendo una distancia regular entre ellas. Esta distribución nos impide hablar, al menos por el momento, de agrupaciones familiares.

Los cadáveres se depositan dentro de cajas de madera, como quedó patente por los abundantes restos de este material conservados –especialmente en los enterramientos 4 y 5–, así como por la presencia de clavos y vástagos metálicos biapuntados, utilizados para el ensamblaje de las tablas. Estaban encaladas por el interior para acelerar la descomposición, sirviendo también como desinfectante y evitando la propagación de epidemias y enfermedades infecciosas al impedir que los contaminantes lleguen al aire, frenando así la generación de malos olores.

El difunto se colocaba en posición decúbito supino, con la cabeza orientada al norte y los pies al sur. El cráneo indistintamente hacia el frente o vuelto a derecho o izquierda. En el caso del n° 2, apoyado sobre una bolsa de tierra de tonalidad cenicienta. Las extremidades superiores se estiran a lo largo del cuerpo con las manos situadas bajo las caderas o con el brazo izquierdo ligeramente flexionado y con la mano en la zona púbica. En cuanto a las extremidades inferiores, están extendidas siguiendo el eje del cuerpo.



Figura 10. Enterramiento nº 4.



Figura 11. Sondeo 5, enterramientos 7 y 8.

Se trata de individuos adultos, con alturas en torno a 1.60 m, salvo en el caso del nº 7 que no había terminado de soldar los huesos de las extremidades. El estudio antropológico, que deberá realizarse sobre los huesos extraídos, aportará datos sobre la forma de vida, hábitos alimenticios, patologías, malformaciones, herencia genética,... del grupo humano que se entierra en este cementerio.

No se han localizado ajuares en ninguna de las tumbas, recuperándose únicamente escasos fragmentos cerámicos, tanto prehistóricos como de época medieval, que se hallaban descontextualizados en los estratos que cubrían la necrópolis. Esta circunstancia dificulta su asignación cronológico-cultural que tiene que apoyarse en paralelos tipológicos.

Pese a lo limitado de la muestra, el conjunto responde a un ritual funerario homogéneo, caracterizado por la inhumación sobre el terreno natural, la utilización de ataúd, la colocación de brazos y piernas estirados y la ausencia de ajuar. Conjuntamente con el entorno en el que se ubica, al exterior del recinto urbano, en un lugar elevado, orientado hacia el sector donde se encontraba el barrio judío y cerca de las murallas, nos han llevado a vincular este cementerio con la comunidad judía (Casanovas, 2003: 209-210) que habitó en la ciudad hasta 1492, cuando los Reyes Católicos ordenan su expulsión con el Edicto de Granada.

Para la mayoría de los autores, en época medieval la judería soriana se ubicaba en el interior del castillo desde el mismo momento de la repoblación, siendo mencionados expresamente en el texto que se conoce del fuero de Soria (Martínez, 1984:19), a finales del siglo XII o principios del XIII. Los hebreos obtuvieron este privilegio a cambio de defenderla y ocuparse de su mantenimiento. Esta gracia no fue excepcional, estando documentada en otras ciudades castellanas como Burgos y León, siendo aprovechada hábilmente para obtener beneficios que permitieron su rápido crecimiento económico y social.

Hasta el momento la arqueología no ha podido corroborar la ubicación de dicha judería dentro del recinto defensivo. Queremos dejar apuntado aquí la necesidad de que futuros estudios valoren el espacio generado al amparo del castillo en su ladera oeste, defendido e individualizado por el doble recinto de muralla que desde la puerta de Valobos alcanza la fortaleza, como uno de los posibles ámbitos de expansión de la aljama judía.

A finales del siglo XIV, coincidiendo con el máximo esplendor de la aljama, se expandieron hacia otras zonas de la urbe, preferentemente entre el Collado, la iglesia de San Juan de Rabanera, el tramo meridional de la muralla hasta el castillo y la Plaza Mayor, con otros focos en torno a la iglesia de San Gil y la calle Zapatería o en el Rabal Bajero (Diago, 1991:259-297), donde convivieron con los cristianos en un clima de buenas relaciones mutuas. Durante el siglo XV, sin embargo, se produce la decadencia de la comunidad hebrea como consecuencia de la aparición de conflictos. Este hecho fue general en los diversos reinos cristianos, enrareciéndose progresivamente el clima de intolerancia religiosa hasta que finalmente fueron expulsados.

Aunque la orientación habitual de los enterramientos de este grupo étnico dispone la cabeza al oeste y los pies al este, para que en el momento de la Resurrección sus rostros estén

vueltos hacia Jerusalén, no es infrecuente la posición norte-sur, como lo demuestran las necrópolis claramente judaicas de Deza o Valencia.

Este hallazgo estaría en relación con la lauda sepulcral hebrea localizada, a mediados del siglo XX, durante unas labores de repoblación en la ladera oriental del cerro del Castillo (Ortego, 1955: 310). A pesar de no hallarse *in situ*, esta pieza ha dado pie a los especialistas en la materia, desde su descubierto hasta la actualidad, a considerar la existencia de un cementerio judío en Soria (Casanovas, 2003: 2018).

La determinación del marco temporal en el que se encuadra, obviamente, tiene como fecha límite la de su expulsión en el año 1492. La cronología asignada a la lápida funeraria se centra en los siglos XIII y XIV (Casanovas, 2003: 2018), fecha que consideramos para las inhumaciones recuperadas durante la intervención arqueológica, a la espera de que nuevas actuaciones puedan precisar esta primera interpretación.

Por lo que respecta a la extensión del cementerio, poco podemos aventurar con seguridad, ya que la excavación se ha centrado sobre una pequeña parte del mismo. A partir de las conversaciones mantenidas con personas que participaron en las reforestaciones llevadas a cabo a mediados del siglo XX, podemos plantear una primera hipótesis sobre su dispersión. Su núcleo central se localizaría en la ladera meridional del cerro, quedando delimitada, hacia el oeste, por el barranco junto al lienzo exterior de la muralla de Soria y, hacia el este, a escasa distancia de la ubicación de nuestros sondeos, en el punto en que se estrecha la plataforma y la pendiente se hace más pronunciada.

Con este estudio se ha pretendido dar a conocer unos primeros datos sobre la necrópolis ubicada en la ladera del castillo de Soria. Aunque el número de enterramientos documentados es escaso, permite caracterizar su ritual y vincularla con la población judía asentada en Soria durante la época medieval. El cerro constituye un punto clave para entender el origen de la ciudad y su propio desarrollo urbanístico. La secuencia arqueológica, que se ha documentado a través de las intervenciones parciales llevadas a cabo a lo largo de estos últimos años, confirma la presencia de un importante yacimiento arqueológico en el que están representadas, en mayor o menor medida, todas las etapas culturales desde la Primera Edad del Hierro hasta nuestros días, lo que abre un amplio abanico de posibilidades sobre las que seguir investigando.

BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO, O.; BARRIO, R.; LERÍN, M.; RUIZ, A.; TARANCÓN, M. J. (2005): *Intervención arqueológica: Parador Nacional Antonio Machado*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Soria.
- (2013): *Documentación de estructuras y vestigios medievales de Soria*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Soria.
- BOHIGAS, R.; ANDRÍO, J.; PEÑIL, J.; GARCÍA, M. (1989): “Las cerámicas medievales no esmaltadas en las provincias de Cantabria, Palencia y Burgos”. *La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio*. Universidad de León. León.
- CARRASCO GARCÍA, M. (1997): “Cien años de cartografía de la ciudad de Soria (1848-1948)”. *Mapas, planos, dibujos y grabados de la provincia de Soria*. Junta de Castilla y León, Archivo Histórico Provincial y Colegio Oficial de Arquitectos. Valladolid.
- CASANOVAS MIRÓ, J. (2003): “Las necrópolis judías hispanas. Nuevas aportaciones”. *Remembering Sephard. Jewish Culture in Medieval Spain*. State Corporation for Spanish Cultural Action Abroad, SEACEX. Estats Units d'Amèrica.
- CASTRO MARTÍNEZ, T. DE (2001): “De nuevo sobre el tannur: un ejemplo de estudio etnohistórico de al-Andalus”. *Fundamentos de Antropología*, 10-11.
- DIAGO HERNÁNDEZ, J. I. (1991): “Evolución urbanística y de la distribución topográfica de la población”. *Monografías Universitarias nº 6: La ciudad de Soria en la Edad Media*. Universidad Internacional Alfonso VIII. Soria.
- FERNÁNDEZ, A.; MOREDA, F. J.; MARTÍN, M. Á. (1991): “Monasterio de San Benito el Real de Valladolid: Producciones cerámicas plenomedievales”. *Arqueología urbana en Valladolid*. Valladolid.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. (1027): “Excavaciones de exploración en el cerro del Castillo de Soria. Memoria descriptiva”. *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, nº 1. Madrid.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1980): *Epigrafía romana de la provincia de Soria*. Colección Temas Sorianos, nº 2. Publicaciones de la Diputación Provincial de Soria. Soria.
- LORENZO CELORRIO, A. (2003): *Compendio de los castillos medievales de Soria*. Diputación Provincial de Soria. Soria.
- MARTÍNEZ HERNÁNDO, M. C. (1984): “Los orígenes de la ciudad de Soria”. *Geographica*, nº 21-24. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- MORATINOS GARCÍA, M.; SANTAMARÍA GONZÁLEZ, J. E. (1991): “Nuevas aportaciones a la arqueología medieval vallisoletana. La excavación de los hornos y testar del solar nº 23 de la calle Duque de la Victoria”. *Arqueología urbana en Valladolid*. Valladolid.
- ORTEGO FRÍAS, T. (1951): “Celtas en tierras de Soria y Teruel (tres yacimientos inéditos)”. *II Congreso Arqueológico Nacional*. Madrid.
- (1955): “Piedras de Historia. Un crismón medieval y una lauda hebrea en el Castillo de Soria”. *Celtiberia*, nº 10. Centro de Estudios Sorianos. Soria.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1941): *Carta arqueológica de España. Soria*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- TORRES BALBÁS, L. (1952): “Soria: interpretación de sus orígenes y evolución urbana”. *Celtiberia*, nº 3. Centro de Estudios Sorianos. Soria.